37

BALZAC, IMPRESOR Y HUMORISTA

Por RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

(Especial para LA PRENSA)

Montevideo, enero de 1926.

POCOS saben que Balzac en sus primeros tiempos fué impresor. No es extraño, porque la vida del autor de la "Comedia humana" no se conoce en todos sus pormenores. Los años que precedieron a su notoriedad literaria han quedado en la penumbra, cuando no en la oscuridad. El mismo, por otra parte, se encargó de desorientar a los biógrafos con sus reticencias y alusiones respecto a su nobleza de origen, y cuando advirtió que todos aquellos que mantenían en París un salón a la moda se disputaban el honor de recibirlo y agasajarlo, se dejó arrastrar dulcemente por el torbellino mundano y pareció olvidar sus primeros años de luchas y prosaicas estrecheces económicas, de tal manera se trasformó el bohemio de la víspera en gran señor.

Se le vió entonces, después de su estreno en el salón de Sofía Gay, a raíz del éxito de "Los Chuanes", esto era a partir de 1828, frecuentar los salones de la princesa de Bagration, de la marquesa de Osmond, de la princesa de Belgiogoso, de Mme. de Mabel, del conde de Castellane, de la condesa de Merlin, los salones, en fin, del segundo tercio del siglo pasado, donde se reunieron los literatos, artistas, políticos y banqueros más ilustres de la época. Tomó posesión de estos salones con el aplomo de quien siempre hubiese vivido en ellos, y no obstaron a su éxito la rudeza de sus modales, el desaliño de su ropa, lo estrepitoso de su palabra y opiniones, y el penetrante olor a pomada que, al decir de una dama que entonces lo conoció, despedía su cabellera de león. Todo se le permitió y perdonó a Balzac. Allí fué centro de la tertulia, y nadie se asombró de sus detonantes paradojas, de sus carcajadas estentóreas, de los desplantes con que solía dejar suspensas y turbadas a las damas. Verdad es que fué allí también de donde él extrajo la arcilla con que modeló a sus Rastignac, sus

Eugenia Grandet, sus Goriot, toda la gigantesca galería de la "Comedia humana". Data de esa época su amistad con el editor Werdet, que se convirtió en su banquero, le abrió las arcas de la fortuna — fortuna bien fugaz ¡ay! — y le permitió afrontar sus relaciones con la duquesa de Chastries.

Gabriel Ferry ha hecho un estudio muy interesante y muy pintoresco de esta "crisis mundana" de Balzac, durante la cual el escritor arrastró un tren estrepitoso y un poco rastacuero. Alquiló entonces dos elegantes carruajes dirigidos por un majestuoso cochero y un minúsculo *groom* que ostentaban una librea bizarra; tuvo palco en los Italianos y en la Opera, se vistió como un *lyon* del café de París, "frac cortado por Buisson, el sastre a la moda, chaleco blanco de piqué inglés, pantalón negro de satín de lana, zapatos de hebilla y guantes blancos". Pertenece a estos días aquella fantasía del famoso bastón, cuyo puño guarnecido por una enorme esmeralda rodeada de rubíes y topacios, fué la intriga y la comidilla de todo París, y dió tema a Mme. de Girardin para su novela humorística "El bastón de M. de Balzac".

Todo esto, como se sabe, duró poco. Balzac hipotecó en breves años de despilfarro toda su vida de escritor, y luego, cuando el editor Werdet cerró la bolsa, cansado de adelantar sumas entonces fabulosas para un novelista, comenzó aquel trabajar sin freno, aquel terrible llenar carillas y hacer novelas para pagar deudas que jamás se colmaban, y que fueron el constante dogal que mantuvo al desventurado todo el resto de su vida inclinado sobre la mesa de trabajo, a veces sin comer ni dormir, hasta que la piedad y el amor de la condesa Hanska le redimieron del suplicio, cuando ya estaba agotada toda la energía vital y sólo le quedaba al grande hombre el triste consuelo de morir.

Balzac reveló en todo esto la misma ineptitud para dirigir sus finanzas y su hacienda que había revelado en su fugaz y también pintoresca industria de impresor, cuyos detalles acaba de dar a conocer en "The Connoisseur" de Londres, Mr. E. Beresford Chancellor. Balzac dió en la idea de hacerse impresor hacia 1827. Adquirió entonces una pequeña imprenta que era de un Mr. Laurent y que ocupaba un modesto local de la antigua calle des Marais de Saint Germain, hoy Visconti, en pleno barrio latino. Balzac, que entonces se ocupaba de periódicos de modas, asoció a su empresa a Barbier, e hizo con él un contrato por doce años. Ya entonces em-

pezaba a perderlo su infantil optimismo. A fines de 1828, Balzac, después de graves quebrantos, se vió obligado a retirarse del desgraciado negocio y abandonó a Barbier las ruinas del mismo.

La imprenta de Balzac trabajó, sin embargo, con bastante actividad. Aun cuando la nómina no es completa, el escritor inglés ha reunido los títulos de un buen número de obras impresas en el taller de la rue des Marais. A esa lista pertenecen las "Obras de Ducis", (¿quién no lee ahora a Ducis?, se pregunta el autor); las "Obras de Lesage" (¿quién no las lee?, agrega); las "Obras escogidas de Volney"; una tercera edición de las "Memorias de Mme Roland"; los "Proverbios románticos" de Romieu; la tercera edición de "Cinq Mars", de Vigny; el segundo tomo de los "Escritos históricos y literarios", de Villemain; varias novelas de Zschokke y Mathurin, autores hoy ignotos, y un buen número de folletos políticos, judiciales y de literatura adventicia que ya nadie recuerda.

Pero entre las obras que llevan el pomposo y falaz pie de imprenta del taller de la rue des Marais, hay algunas verdaderamente curiosas, cuyos ejemplares hoy son rarísimos, y en las cuales Balzac puso algo más que sus tipos y sus prensas. Debemos suponer, y casi estamos seguros de ello, que el impresor fué, en tales ocasiones, también autor, y autor que a vuelta de ingenio y humorismo anunciaba ya al divertido cuentista drolático, a la vez que contemplaba con aguda inteligencia una manera de sentir y de pensar de la época en que vivía. Estos libritos tienen de todo un poco, participan de la literatura, de la historia, de la crónica, de la anécdota y de la industria. Son literarios, humorísticos, casi históricos, pero están seguramente destinados a servir intereses de respetables comerciantes y honrados industriales. Balzac, que conoció ese mundo tan curioso de los modistos en las redacciones de los periódicos de modas, escribió tal vez estos opúsculos como si todavía viviera en él. Además, con esta nómina de títulos truculentos acaso el autor impresor creyó poder llamar la atención del público sobre su taller y realizar sus sueños de editor. Pero Balzac se equivocó, pues hoy son tan escasos estos impresos que en el Museo Balzac de la calle Raynouard se exhibe en una caja de cristal, como verdadera rareza, uno de ellos, el más curioso precisamente.

Para hacer estas ediciones humorísticas. Balzac comenzó por crear un autor, y claro que lo creó como él era capaz de hacerlo. Le puso por nombre el barón Emilo de l'Empésé, y la verdad que este seudo barón no habría disonado en cualquiera de sus novelas,

tales fueron las cosas que escribió y prometió escribir. Este barón del Almidonado, traduzcamos el título al español, puesto que él tiene su aguda intención, lanzó en 1827 su primera obra con el pie de imprenta del taller de Balzac. Esta pequeña obra lleva la siguiente carátula que no tiene desperdicio: "El arte de ponerse la corbata de todas las maneras conocidas y usadas, enseñado y demostrado en diez y seis lecciones, precedido de la historia completa de la corbata, desde sus orígenes hasta nuestros días; de consideraciones sobre el uso de los cuellos, la corbata negra y el empleo de los pañuelos de seda, por el barón Emile de l'Empésé. Obra indispensable a todos nuestros *fashionables*, ornada con 32 figuras explicativas del texto y el retrato del autor." Sigue en seguida este pensamiento, "hasta ahora inédito": "El arte de ponerse la corbata es al hombre de mundo lo que el arte de dar de comer es al hombre de Estado."

Y al pie de las señas del librero hay una nota en la que se anuncia que el libro se halla en venta "en casa de todos los comerciantes de corbatas, de cuellos y de pañuelos de seda más en boga de la capital." En la anteportada trae el libro el retrato del seudo barón, un verdadero tipo balzaciano, dibujado por Monnier y litografiado por Bernard.

Es realmente singular la minuciosidad con que el autor ~~ha reunido~~ todo lo que se refiere a la historia y uso de la corbata, y lo es más el tono, a menudo trascendental, con que está tratado el asunto. La obra, como lo anuncia la portada, está ilustrada con varias planchas litografiadas que reproducen toda la iconografía de la corbata a través de la moda y de los siglos. El examen de estas láminas revela que hay en este detalle, al parecer insignificante, de la indumentaria masculina, cierto valor psicológico de representación y de relación que Balzac sabe poner muy finamente de relieve. Veamos, por ejemplo, entre las varias docenas de lazos, cada uno de los cuales tiene su designación típica, este llamado "a lo sentimental", pequeña y desmayada moña perdida en la ancha gorguera, que nos recuerda a Bellini y Donizetti; este otro, ancho y abultado, "a lo gastrónomo" que parece realmente coronar el corpulento tronco de un Lúculo siglo XIX; este otro, "en cascada", que nos recuerda las cándidas chorreras de los *dandys* de 1820; este otro "a la matemática", sencillo y breve como corresponde a quien calcula hasta el tiempo que invierte en vestirse; este otro "en coquille", pequeña obra de arte de un refinamiento casi femenino; otro "a lo Talma", lazo trágico

reunió en este curioso libro

en su inquietante *negligé;* y así muchos otros: el complicado "a lo Byrón", "a la oriental", "a la Colin", "a la italiana", "a la Bergami", y veinte más, todos con su carácter y su significado personal.

Pero hay algo tan interesante como esto en el libro, y es la lista de las nuevas obras del barón de l'Empésé, o sea de Balzac, que, según el editor, se hallan en prensa. Ya que no por el contenido, juzguemos por los títulos lo que serían estas obras humorísticas de las cuales apenas queda recuerdo de la primera de ellas, un volumen de 200 páginas rotulado "El arte de pagar las deudas y de satisfacer a los acreedores sin desembolsar un sueldo". Parece que este libro, el único de la nómina que se imprimió, tuvo su boga en la época, y que las diez lecciones en que Balzac enseña el difícil arte, conocido y practicado, sin embargo, en todos los tiempos, fueron aprovechadas por muchas personas. Sólo Balzac no supo aprovechar de ellas, puesto que jamás logró eludir el pago de sus deudas y trabajó toda su vida para saldarlas.

A continuación del título de este libro, aparecido en 1828, sigue el anuncio de las próximas ediciones que jamás vieron la luz: "De la indiferencia en materia de corbatas" (Balzac tuvo como se ve, la preocupación de la corbata); "El arte de no almorzar jamás en casa y de comer todos los días en casa ajena"; "El arte de recibir regalos y de no hacerlos". Hasta aquí la truculenta nómina y las informaciones sobre la aventura industrial del gran novelista.

Todo este derroche de optimismo, de trabajo, de ingenio, de buen humor, fué impotente para evitar la ruina de la pequeña imprenta de la rue des Marais, así como el gigantesco esfuerzo que realizó luego Balzac al escribir sus maravillosas novelas no alcanzó a producir lo necesario para saldar las deudas del desventurado escritor, que ya al final de su carrera escribía con desgarradora angustia. "Trabajo catorce horas, y aun así no tengo la seguridad de cumplir las obligaciones contraídas. ¿Pero es que no debo dormir y se me ha de negar también el derecho de dejar un instante la pluma para mirar a través de los cristales de mi cuarto la nieve que cae?" Y eso que si bien Balzac fué un impresor mediocre, en cambio es uno de los novelistas de más genio que han producido los tiempos.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE